

CICLO DE CINE: TOLEDO: CINE, LITERATURA E HISTORIA

Toledo en la novela picaresca.

Juan José Fernández Delgado

Académico y Presidente del Ateneo Científico y
Literario de Toledo y provincia

Así como todos los géneros literarios han nacido en Toledo o han debido acudir a nuestra ciudad para confirmarse como tales géneros, todos los pícaros que se precien han pasado y se han paseado por la ciudad que fue imperial, algunos con más detenimiento que otros: por sus *Ventillas*, por sus *Vistillas*, por sus calles, plazas y mercados y, claro, por Zocodover; cierto es que antes que todos ellos han pasado por Toledo en viajes de ida y vuelta sus respectivos autores; y ellos -toda esta caterva de pícaros y afines- han recogido esa experiencia camineril cedida gentilmente por sus padres putativos. Y es así por varias razones que no se van a desgranar con detenimiento en esta ocasión; baste decir que en la primera mitad del siglo XVII aún estaba muy presente el significado histórico, cultural y social de Toledo, por lo que continuaba siendo reclamo extraordinario de confluencia social y comercial, pues daba la impresión de que todo estaba en pública almoneda, acuciada por la desorientación al dejar de ser la gloriosa ciudad imperial que hasta entonces había sido; y por la despoblación que ello ocasiona, y por el hambre y el desbarajuste. Además, porque Toledo era lugar de paso obligado en el camino de Madrid a Andalucía, emporio comercial y lugar de embarque, sobre todo, Sevilla, para las Américas. Estos personajes literarios, pues, van a recorrer el mismo camino y van a reposar en las mismas ventas que sus respectivos creadores, que, salvo la variante del *Lazarillo*, no es otro sino el antiguo camino Real de Madrid-Toledo a Córdoba y Sevilla, a través del valle de Alcudia y de Sierra Morena. Corresponde, pues, esta convulsa época en que se desarrolla el género picaresco a la decadencia de los Austrias y, literariamente, al Barroco.

Tampoco me voy a detener en argumentar qué se entiende por novela picaresca, ni en averiguar si las novelas que voy a mencionar acatan los cánones del género ni en qué medida participan de esas características; señalo, no obstante, que, a pesar de estar profundamente enraizado el género picaresco en el momento histórico en que se desarrolló, desde mediados del siglo XIX se justificó el nacimiento de la novela picaresca por razones históricas,. Y se explicaba como una reacción *realista* ante la decadencia sufrida por España tras su etapa imperial; y ello ha ocasionado polémicas sobre sus características formales, sus integrantes, su cronología e, incluso, su etimología. En cualquier caso, las características imprescindibles y por todos aceptadas son: narración en primera persona, compromiso ideológico desarrollado desde la sátira (el honor, la delincuencia, la mendicidad, la clerecía, la hidalguía, la limpieza de sangre, las cárceles, etc.); historias de antihéroes, así llamados porque carecen de ideales heroicos, forzados a bregar en la adversidad. Por tanto, la andadura vital de estos personajillos será una sucesión de intentos fallidos por librarse de su propia realidad, la cual no podrá cifrarse sino en ambientes inmundos: ventas, posadas, callejuelas, barriadas, casas miserables, etc.). El diseño dialogístico es otro ingrediente del género, y consiste en considerar y separar al

“protagonista” pasado del “narrador” presente; y servir a varios amos es elemento primordial, y la alternancia de *fortunas* y *adversidades*, y el viaje como elemento estructurador, etc.

Sea como fuere, a finales del siglo XVI, el mundo idealizado de caballeros andantes y de pastores enamorados deja paso a la vida real, por lo que la ficción se vuelve verosímil y los personajes más bajos se adueñan del protagonismo, de modo que estos humildes protagonistas – personas unamunianas (el hombre de carne y hueso)-, se alzarán con el protagonismo de la narración, reservado hasta entonces a esforzados caballeros, a amantes cortesanos y a pacíficos pastores que, lejos de preocuparse por el precio y la comida de sus ganados, se pasan hablando – doliéndose- de amores. Las novelas que traigo a colación se relacionan con Toledo de manera más o menos abultada, y casi todas cumplen las características señaladas antes, aunque con cambios propios de la evolución del género; algunas, no obstante, presentan personajes apicarados, aunque no se incluyan en el rol del género.

Y ahí está el primero de todos ellos, Lázaro, Lázaro de Tormes, aunque algunos críticos le nieguen este principalísimo pórtico. Argumentan, al respecto, que Lázaro no es un pícaro, pues sólo urde tretas de tres al cuarto para poder doblegar el dogal del hambre que le hacen pasar sus respectivos amos; que carece de la maldad de todos y cada uno de sus hermanos menores; que sus tretas son “nonadas” si se comparan con las bellaquerías de Guzmanes, Obregones, Pablos, etc., que pululaban por las ventas y caminos de aquella España. Además, *Lázaro* nos ofrece el único caso y solamente una vez en que el pícaro siente piedad por uno de sus amos: recordemos cuándo comparte la uña de vaca con el escudero, hambriento de varios días y esclavo del qué dirán, de la honra. A este respecto, comenta Dámaso Alonso: “Lázaro va comprendiendo poco a poco la verdad de su señor. Pero en esa verdad, algo muy dulce y muy triste va invadiéndole que le aprieta el corazón. Es la primera y casi única vez, que un pícaro siente piedad” (1).

En fin, que Lázaro es un muchacho bueno e inteligente, nacido en los fondos más bajos de la sociedad que debe agudizar el ingenio para subsistir; los demás, ladronzuelos redomados que se adornan con todos los vicios del hampa y de la holgazanería, pues prefieren vivir a salto de mata antes que someterse a la rigurosidad de un trabajo fijo y de un horario inflexible. A estos gloriosos desventurados evoca Cervantes en *La ilustre fregona* con estas palabras: “¡Oh, pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios, pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid (ladrones de bolsas), vistosos oracioneros (mendigos que se pretenden ciegos), esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa (cómplices o servidores del crimen), con toda la caterva innumerable que se encierra debajo deste nombre: pícaro!” (2).

Por tanto, según esa teoría *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* (1554) sería la primera novela picaresca sin pícaro; las demás, aparecidas entre cincuenta y noventa años después, y todas, excepto la primera parte de *El Guzmán de Alfarache*, a lo largo de la primera mitad del siglo XVII, todas ellas, digo, serían novelas picarescas que para serlo beben y se fundamentan en una novela que no ofrece ningún ejemplo de *pícaro*. Y caben dos preguntas: ¿Qué sería *El Lazarillo de Tormes* sin la caterva de novelas posteriores que conforman el ciclo de *novela picaresca*? Pues no pasaría de ser un magistral islote literario, una genialidad literaria de un anónimo autor. Eso sí, de un anónimo autor toledano. ¿Existirían las demás novelas picarescas si no contáramos con ese desvergonzado y altanero personajillo que abre el relato presentándose al mundo con un “Yo” pretencioso, al modo caballeresco, y luego resulta ser Lázaro, hijo de Tomé González y de Antona Pérez? ¿Existirían? ¿Y la misma novela de *El Lazarillo de Tormes* existiría sin los pasajes desarrollados en Toledo, que ocupan tres cuartas partes de la enjundiosa obrita?

Valga, pues, esta digresión para indicar que *Lázaro* enseñó a sus curmanos que, si querían ser alguien en el mundo de la andante picardía, debían pasar por las aulas toledanas de las *Ventillas* (3), unas en el camino de Madrid-Toledo-Andalucía y otras, en la cañada real Valladolid-Ávila-Toledo. También había *Ventillas* intermuros: en los aledaños de la *Puerta de Perpiñán*, por la mezquita del *Cristo de la Luz* y por los alrededores de la *Puerta de Bisagra*; y otras, junto a los puentes de *San Martín* y de *Alcántara* y por los altos de *San Servando*.

Así pues, *Lázaro*, desde Maqueda, pasaría por el poblado judío de *Darrayel*, según venía de Torrijos, en donde luego se levantaría la *Venta del Hoyo*, reseñada aún con un rótulo de azulejos de Ángel Pedraza, que, convertida después en placentero balneario, pregonaba las excelencias de sus aguas con el argumento de que habían sido analizadas por Don Ramón y Cajal; y se acercaría a la *Venta de Moyano*, muy próxima a la anterior. Y antes de entrar en Toledo, se detendría en la *Ermita de Santa Susana* a demandar “de a por Dios”, ubicada frente a la actual Casa de Ejercicios y poco antes del palacio de Buenavista, “cabe la qual se an poblado muchas casas de panaderos” (4), y en la próxima *Venta de la Esquina*, de las más antiguas entre las localizadas en la cañada real de Toledo a Valladolid; y ya en la ciudad, pasaría por “*Las Vistillas (5) de San Agustín*” o “*de San Martín*”, y por la universidad de Zocodover (6). Y eso harán todos los demás: autores, pícaros de renombre, parientes y afines, aunque por otros y diversos caminos: residir en la ciudad hasta adiestrarse en las artes de la picardía en las ventas o en el solaz de “las vistillas” y pavonear por Zocodover. Así pues, con la descabradura que le profirió el cura de Maqueda,

“me fue forzado sacar fuerzas de flaqueza y, poco a poco, con la ayuda de las buenas gentes, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde, con la merced de Dios, dende ha quince días se me cerró la herida” (7).

Por tanto, nada triunfal hubo de ser su entrada en la imperial Toledo una supuesta mañana de mayo de 1544 ó 1545. Veámosle cruzar por la *Puerta de Alfonso VI*, que ya se dejaba llamar “Puerta Vieja de Bisagra”:

“Venía el pobrete muchacho demacrado y macilento, con la color demudada, y entrapada la cabeza y próximo a desfallecer después de tres días de caminar. Un par de rosetones sobresalía entre la mugre del vendaje para delatar la caritativa brutalidad del cura de Maqueda. Cruzó temeroso la *Puerta de Alfonso VI* y se quedó muy extrañado al encontrarla franca de requisitos administrativos y legales: ni alcaide ni alcabaleros ni meticulosos e inquisidores alguaciles. Al poco, dio con la exuberante parroquia mudéjar de *San Santiago del Arrabal*, se santiguó al pasar delante de su cementerio y sólo reparó en que la torre nacía del mismo suelo y en que estaba separada de la fábrica eclesiástica; después, ante las dos posibilidades que le ofrecía la ruta para adentrarse en la ciudad, se preguntó cuál de ellas le resultaría más favorable, pues las dos le presentaban macizas puertas y, seguramente, ninguna le recibiría con la franqueza y liberalidad con que se había mostrado la *Puerta Vieja de Bisagra*.

Como presentaría los mismos argumentos a los alcabaleros de la *Puerta del Sol* que a los de la *Puerta de Bab-al-Mardón* para que le dejaran entrar libre, eligió esta última, la de la derecha, que también encontró franca y liberal; y por la empinada cuesta de la *calle Real del Arrabal*, cruzó delante del edificio más antiguo de Toledo, la *Ermita del Cristo de la Luz*, que igualmente pasó inadvertida para el famélico muchacho. Continuó por la calle ascendente hasta dar con la *Virgen de Alfileritos*, y junto a su hornacina fue avistado por los cofrades de turno de guardia de la “Cofradía del Pan y Huevo”, y le llevaron al *Refugio*, que allí mismito estaba: y allí le curaron la herida, allí le quitaron el hambre con el untoso predicamento del nombre popular de la cofradía y allí permaneció tres días. Al cabo de los cuales ya había recobrado la

color y se había desprendido del aparatoso vendaje, de modo que en los principios del cuarto amanecer, uno de los inquilinos le recriminó su vagancia diciéndole que gallofero (8) era y que buscase amo a quien servir, pues sano estaba y tenía juventud con que ganarse el sustento.

Yo le despedí al verle auxiliado por los cofrades y continué mi camino” (De mi novela *Toledo: la voz inagotable de la llamada*).

Después, con el *escudero* recorrerá los mercados de abastos (el de Santo Tomé, el de las Tendillas de Sancho Bienhaya, el del Arrabal de Santiago y, por último, el de la plaza Mayor. Y desde la plaza, a las doce en punto, entra el escudero en la “Iglesia Mayor” a oír misa “y yo tras él”. Y saliendo por la *Puerta de los Leones* o por la *Llana*, bajan por la calle *del Barco* y llegan a la “escura y lóbrega casa”. Al día siguiente, mandado por el escudero que mirara “por la casa en tanto voy a misa” y que fuera “por la vasija del agua al río, que ahí abajo está”,

“Hago la negra dura cama y tomo el jarro y doy conmigo en el río, donde en una huerta vi a mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta, antes muchas tienen por estilo irse a las mañanicas del verano a refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, según las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar” (9).

Luego, la calle de *Triperías*, de *Curtidores*, y la *Puerta del Vado*, por donde se proveía de agua para luego vocearla por las calles de la ciudad; y las *Cuatro Calles*, donde “vi llegar una procesión de pobres azotando”; la *Cárcel Real*, de donde sacaba a los que iban a ajusticiar en Zocodover, los cuales antes se detenían ante la imagen de la Virgen de Belén, y el “Pradito de la Caridad”, lugar en que se les daba sepultura; y el *Convento de la Merced*, y *San Salvador*, etc.

Por tanto, aunque la presencia geográfica de Toledo en la novela es abultada –a pesar de que no abunden los topónimos- es mayor la sugerida y, sobre todo, la de Lázaro, pues, al ser una “novela abierta”, -no acaba con el final de la misma-, Lázaro, convertido en hombre de bien, una vez que ha llegado “a buen puerto” y goza de prosperidad y de un *honrado* matrimonio, continuará viviendo en Toledo durante su madurez, eso sí, sin consentir que alguien le pregunte por *el caso*. Quedémonos, por tanto, con que Lázaro enseñó a la caterva posterior de pícaros que si querían ser alguien en este mundo de la picardía, debían licenciarse en el oficio en las *Vistillas de San Agustín* y en las renombradas *Ventillas* toledanas o, en su defecto, acudir a Toledo a hacer gala de sus no honradas virtudes y habilidades. No obstante,...

Hubieron de pasar casi cincuenta años para que naciera el siguiente pícaro, *Guzmán de Alfarache*, *Atalaya de la vida humana* (10), y se paseara por Toledo, eso sí, después que su autor lo hubiera hecho cerca de veinte veces en viajes de ida y vuelta. Llega a Madrid sin detenerse en Toledo, procedente de su Sevilla natal. Y en Madrid se convierte en pícaro, se casa y le va mal, por lo que decide llegarse a la imperial ciudad. En el camino compra ropa decente y “aquella noche me entré en Toledo”. Y lo primero que hace “a la mañana fue reformarme de jubón, zapatos y sombrero”; “mas, como viese a un gentilhombre cruzar Zocodover” caballero de una mula y “tan bien aderezado que me dejó envidioso”, entra en la “tienda de un mercader” para encargarse de vestimenta nueva. Y, al cabo de tres días, viéndome “tan galán soldado, di ciertas pavonadas por Toledo en buena estofa y figura de hijo de algún hombre principal.

También recibí luego un paje bien tratado que me acompañase”. Y el domingo “di de golpe con mi lozanía en la iglesia mayor para oír misa; aunque sospecho, más me llevó la gana de ser mirado. Paseéla toda tres o cuatro veces; visité las capillas donde acudía más gente, hasta que vine a parar entre los dos coros, donde estaban muchas damas y galanes. Pero yo me figuré que era el rey de los gallos, y el que llevaba la gala, y como pastor lozano, hice plaza de todo el

vestido, deseando que me vieran y enseñar aun hasta las cintas, que eran del tudesco.

Estiréme el cuello, comencé a hinchar la barriga y atiesar las piernas. Tanto me desvanecía, que de mis visajes y meneos todos tenían que notar, burlándose de mi necedad; mas como me miraban, yo no miraba en ello ni echaba de ver mis faltas, que era de lo que los otros formaban risas. Antes me pareció que los admiraba mi curiosidad y gallardía” (11).

También menciona el Ayuntamiento, “y junto a él tenían abierta la puerta de una pastelería: Hartéme de pasteles pícaros (12), como yo, por ser de mejor sabor” (13). Además, indica que su posada estaba cerca. Al día siguiente, entra en “la iglesia mayor” con una de las mujeres que le burlan, la cual “Atravesó por entre los dos coros y salió a la calle de la Chapinería, guiñándome de ojo para que la siguiera. Fui tras ella. Entróse en la tienda de un mercader en el Alcaná y yo con ella”, donde fue engañado (14). También menciona el Puente de Alcántara, y San Juan de los Reyes, y la Puerta del Cambrón. Y, al fin, después de ser burlado por dos mujeres, una de las cuales vivía por la barriada de San Cipriano, y de un gran susto,

“Salí a la plaza de Zocodover. Pregonaban dos mulas para Almagro. Más tardé en oírlo que concertarme y salir de Toledo. Porque allí todo me parecía tener olor de esparto y suela de zapato” (15).

Siguiendo el orden de aparición en la plaza pública de esta prole picaresca, toca el turno a *Justina* la picarona, una de las primeras mujeres protagonistas en la novela española. Aparece la novela en Medina del Campo (1605) titulada *Los entretenimientos de la Pícaro Justina* (16). Hasta hace poco, varios eran los nombres propuestos como sus posibles autores, pero se afirma que es Francisco López de Úbeda, ingenioso escritor y médico toledano. Sin embargo, recientemente, se ha concluido que *Francisco López de Úbeda* no es sino el pseudónimo del dominico y médico toledano Baltasar de Navarrete (1560-1640), a quien se le adjudica también el *Quijote* de Avellaneda. A pesar de ser el autor toledano, Toledo sólo es mencionada un par de veces, pues la acción transcurre en León, Medina de Rioseco y por aquellos alrededores.

Otras protagonistas femeninas llegan también a Toledo con este cariz de pícaras, entre ellas *La hija de Celestina* (17), novela que es y no es picaresca. Apareció en 1612. Su autor es Alonso Jerónimo Salas de Barbadillo, escritor madrileño que tanto participa de la vida literaria que la ciudad le ofrece como la alimenta con hazañas de su propia vida. Vivió entre el mundo de la bohemia, y por ello sujeto a la suerte y a los favores ajenos. Como Calderón, Salas de Barbadillo se vio envuelto en pendencias urbanas; y como Lope de Vega, fue desterrado de la villa. Cervantes le dedica unos versos elogiosos en su *Viaje del Parnaso*.

Parte de la crítica se muestra reacia a incluirla dentro del género picaresco por las innovaciones formales que presenta con respecto a lo establecido por el *Lazarillo*. Por ejemplo: si es primordial en el género que el protagonista cuente su propia vida, en este caso alternan la primera y segunda personas para desarrollar la acción. Pero interesa traerla ahora porque a Toledo acude *Elena*, la protagonista, en donde presencia una boda y deja prendado al novio, tiene lugar un ingenioso timo urdido, claro, por *Elena*, y se abre con esta descripción:

“A la imperial Toledo, gloriosa y antigua ciudad de España –tan gloriosa que la reina a quien hacen corte los serafines la ennobleció con visitarla, dejando por testigo la piedra donde puso sus plantas, a quien la fe y piadosa religión de sus católicos ciudadanos devotamente reverencia, y tan antigua, que la soberbia del romano imperio no la juzgó por indigna de ser asiento de su silla las veces que sus príncipes vinieron a España- llegó una mujer llamada Elena,

a cuyo nacimiento y principios les espera más agradable lugar, en el tiempo en que la primavera anda tan liberal con los campos que a ninguno deja quejoso ni mal vestido” (18).

Después, se traslada la acción a otras ciudades.

También llega a Toledo en 1632, procedente de Sevilla y en traje de viuda, otro personaje femenino revestido de picardías, *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares* (19), acompañada de dos esclavas y de un mayordomo, artimañas para urdir sus engaños, y, dice, “Tomamos casa cerca de la plaza de Zocodover; era autorizada y con dos puertas que salían a dos calles” (20), por tanto, mala es de guardar. Con estos anzuelos engañarán a dos viejos que pretendían gozarlas, valiéndose de fantasmas y resucitados. De todo ello, narrado en el capítulo XVIII (21), anoto esta cita para resaltar el “entre coros” catedralicio como lugar recurrente de galanteo amoroso:

“Haciase una fiesta en la Iglesia mayor, a que acudió toda la ciudad; parecióme ser ésta ocasión para mostrar el aparador de mis gracias y las de mi esclava; y así, haciéndola alinear bien, y yo no descuidándome de mi rostro ni talle, aunque en traje de viuda de las consoladas y que desean echar lo funesto a una parte, me planté entre los dos coros de aquella celebrada iglesia, tan alabada y con razón, en España. Tomamos asiento cerca de un pilar de aquellos de la iglesia, adonde acudieron luego galanes como moscas a la miel” (22).

En 1613 aparece un ramillete de novelas cobijadas bajo el paraguas protector de *Ejemplares*, en el que no hay ninguna que pueda ser incluida dentro del género picaresco (23); no obstante, aparecen cuatro personajes -*Rinconete y Cortadillo* y *Carriazo y Avendaño*- que se muestran entre los más dignos representantes de su ralea, y son los protagonistas, respectivamente, de *Rinconete y Cortadillo* y de *La ilustre fregona*, dos novelas que ofrecen sendas parejas de risueños, vitalistas, graciosos y hábiles e inteligentes pícaros. Es decir, que si *El Lazarillo de Tormes* es una novela sin pícaro, estas dos novelas no picarescas presentan, cada una, dos agraciados y acabadísimos picaruelos, como ocurre con algún ejemplo más de Cervantes, por ejemplo, el ventero del *Quijote* en cuyo castillo es armado caballero Don Quijote, aunque ahí ya habla de su experiencia en ese mundo, pues anota el narrador que

“en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España” (24).

Y se ha de anotar también entre el grupo de pícaros al intrépido *Lugo* del entremés *El rufián dichoso*, que luego será conocido como el santo Fr. Cristóbal de la Cruz, del que aparece esta referencia: “y en Toledo en las ventillas,/ con siete terciopeleros;/ él hecho zaque, ellos cueros,/ (batiéndose) le vide hacer maravillas” (25).

Pues bien, *Pedro del Rincón* y *Diego Cortado* reúnen todas la cualidades –habilidades- para estar entre los máximos representantes del gremio picaresco, y, aunque desarrollen su esmerada actividad entre el abigarrado coro de *Monipodio*, me ocupo de ellos porque aprendieron su oficio en Toledo y sus alrededores. En la *Venta del Molinillo*, “que está puesta en los confines

de los famosos Campos de Alcudia, como vamos de Castilla a Andalucía” (26), se dan a conocer los dos y, desde la venta, evocan Toledo, pues a modo de presentación, dice *Cortado*:

“Dejé mi pueblo, vine a Toledo a ejercitar mi oficio (27), y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca ni faldriquera tan escondida que mis dedos no visiten ni mis tijeras no corten, aunque le estén guardando con ojos de Argos. Y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fui cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningún cañuto. Bien es verdad que hará ocho días que una espía doble dio noticias de mi habilidad al Corregidor, el cual, aficionado a mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que por ser humilde no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y, así, salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras ni blancas, ni de algún coche de retorno, o por lo menos de un carro” (28).

Rinconete, por su parte, había ya declarado a su nuevo amigo que después

“que me arrimasen al aldabilla (29) y me mosqueasen las espaldas por un rato” en Madrid, fui “desterrado por cuatro años de la corte..., y salí a cumplir mi destierro, con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. Tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes -...-, con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí (30), jugando a la veintiuna; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzaré que no quede un as debajo” (31).

Más interesan para la presente ocasión los dos protagonistas masculinos de *La ilustre fregona*, “Diego Carriazo” y “Tomás de Avendaño”, porque la parte más granada de su acción transcurre entre las murallas de Toledo; además, los dos muchachos aprenderán su arte y filosofía picarescos en las *Ventillas* de Toledo, como asegura Carriazo, que

“En tres años que tardó en aparecer y volver a su casa, aprendió a jugar a la taba en Madrid, y al rentoy en las Ventillas de Toledo, y a presa y pinta en pie en las barbacanas de Sevilla”. Así pues, con esta sabiduría, su buen hacer y humanitario talante y buenas costumbres, pues “visitaba pocas veces las ermitas de Baco y aunque bebía vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el número de los que llaman desgraciados”, vio el mundo en Carriazo “un pícaro virtuoso, limpio y bien criado y más que medianamente discreto. Pasó por los grados de pícaro hasta que se graduó en Zahara (de los Atunes), donde es el *Finibusterre* de la picaresca” (32).

Es, pues, *La ilustre fregona* otra novela con graciosos pícaros sin pertenecer al género de la picaresca, pues *Carriazo* y *Avendaño* representan la esencia de estos personajes. Y nos interesan, y mucho porque, después de haber burlado en Valladolid al criado y al ayo que habrían de asistirles en Salamanca, se presentan en Madrid, cambian su noble atuendo por otro popular y abigarrado, “de manera que no los conociera la propia madre que los había parido”; y “a la ligera”, “se pusieron en camino de Toledo *ad pedem literae*”, con la idea de llegar cuanto antes a Sevilla y a las almadrabas de Zahara. Sin embargo, en la venta que habría “a la entrada de Illescas (...) encontraron dos mozos de mulas”, cuya conversación cambiará sus proyectos: oyen hablar de la hermosura de una chiquilla que tratan de fregona en el Mesón del Sevillano de Toledo, y Carriazo queda enamorado de oídas. Y como sabemos, llegan a la Posada del Sevillano, “que es una de las mejores y más frecuentadas que hay en Toledo”, y allí se instalan. Y a partir de aquí, aparecen numerosos topónimos: *Arco de la Sangre*, el *Monasterio de Nuestra Señora del Carmen*, que da su nombre a la calle en que se encontraba el famoso mesón, y muy cerca estaban el uno del otro; y la *Puerta del Vado*, pues, como aguador, Avendaño allí se

proveerá de agua para después vocearla por las calles de la ciudad. Se mencionan las *Ventillas*, que estarían por la barriada de las Covachuelas, y la *Plaza de la Concepción*, donde tenía lugar el mercado de las bestias; y la *Huerta del Rey*, recinto ribereño en que Avendaño compra su asno para ejercer su oficio de azacanero y donde le ocurre la famosa anécdota de la pérdida del borrico recién comprado a las cartas, excepto la cola, de donde surge el remoquete de “daca la cola, Asturiano. Asturiano, daca la cola”, con que le motejaba la chiquillería toledana; y la *Vega*. También cita el *Artificio de Juanello*, la *Cárcel Real* y el *Puente de Alcántara*. Alude también a la *Virgen del Sagrario*.

Y no ha de extrañar que todo ello aparezca, porque en Toledo permanecerán varios meses, pues, como adelanté, se trunca la intención de los dos pícaros, sobre todo la de Carriazo, de llegar cuanto antes a reencontrarse con el paisanaje de Sevilla y las almadrabas gaditanas, pues, cuando propone al compañero partir al día siguiente con la fresca hacia Andalucía, oye:

“No estoy yo en eso -respondió Avendaño-, porque pienso, antes que desta ciudad me parta, ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario, el artificio de Juanelo, las Vistillas de San Agustín, la Huerta del Rey y la Vega” (33).

Por tanto, se trata de una novela que se ofrece pintiparada para recorrer la ciudad tomándola como guía prodigiosa. Avendaño también lisonjea a las mujeres toledanas, pues corrige a Carriazo cuando, después de salir de la cárcel, le informa de que comprará un borrico y repartirá agua “por la ciudad a sus anchuras, mirando a bobas.

-Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las más discretas mujeres de España, y que andan a una su discreción con su hermosura; y si no, míralo por Costancica” (34), le contesta Avendaño.

Y es que el encarecimiento de las mujeres toledanas en estas novelas resulta general. Así, en *La hija de la Celestina*, surge la ocasión para alabarlas de esta manera:

“Las ventanas estaban pobladas de varias luces, así de las artificiales como de las naturales que nacían de los hermosos ojos de tantas damas, que cualquiera de ellas era un seguro competidor del cielo. Seguro, digo, porque le vencía con tan manifiestas ventajas que allí la victoria no estaba dudosa: porque esta felicísima ciudad goza –llevando a todas las demás de estos reinos la gloria- de insignes mujeres, bellas en los cuerpos, discretas en las almas, curiosas en el traje, suaves en la condición, liberales en el ánimo, honestas en el trato; deleitan cuando hablan, suspenden cuando miran, siempre son necesarias y jamás su lado parece inútil” (35).

Las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón* (36) es la próxima novela relacionada con el género picaresco en orden de aparición (1618), porque su protagonista, siguiendo los caminos de su creador, Vicente Espinel, el de la décima cuerda de la guitarra, pasa por Toledo, aunque sin dejar huella, pues dice en el “Descanso XIII”: “Salí de Salamanca sin dinero... y por no dejar de ver a Madrid, y a Toledo, vine por la máquina, pasé por Toledo y Ciudad Real, donde una monja muy virtuosa y principal, llamada Doña Ana Carrillo, me regaló y ayudó para el Camino”. Por tanto, pasa por Toledo sin pena ni gloria.

Y pisándole los talones, se presenta en Toledo, en 1620, *El Lazarillo de Manzanares*, hijo libresco de Juan Cortés de Tolosa (37), del que se conocen muy pocos datos biográficos: que nació en Madrid hacia 1590, que estudió en el Seminario de los Jesuitas en Tarazona y que sirvió en la corte de Felipe III. El libro es una de las numerosas continuaciones de *El Lazarillo*, pero de escasa relevancia literaria; no obstante, en esta obra se aprecia la evolución del género

picaresco desde la edición de 1554. Ahora nos interesa porque en el capítulo VIII da cuenta de su llegada a Toledo, atraído por la curiosidad de presenciar un auto de fe, en el que se encuentra, de manera inesperada, con su madre. Porque “sucedió que hubiese un auto en Toledo, y como nos hallásemos en todas las holguras que en los lugares que hasta diez o doce leguas de distancia hubiese, fuimos a él. Llegó el día del auto, y puestos en la calle, mirándolo con gran atención, y yo en particular como cosa que deseaba y no había visto en mi vida, oigo una voz (de una de las condenadas) que parecía salir debajo de tierra y que me dice: -¡Hijo mío!”. Resulta, luego, que no es su hijo, sino que le “había criado de la piedra” (38).

En 1624 llega *Alonso, el donado hablador* (39) a Toledo, otro de estos personajes que por su condición de devoto, casto, culto y piadoso no puede ser incluido entre la caterva de pícaros que vamos conociendo, a pesar de haber servido a catorce años. Llega a Toledo, “Ciudad de las más famosas de España, cabeza de Reyno, ilustre y rica”, “un lunes de mañana”. Y andando por sus entrañas,

“consideré su maravilloso sitio y fuerte muralla, su admirable alcázar, su rica Iglesia mayor, maravillosa y nombrada en el mundo por tantos y tan grandiosos títulos como tiene. Entré en la plaza de Zocodover, teatro un tiempo de galanes Andaluces, descendientes de Agar, y ya por la misericordia de Dios de fieles Christianos. Anduve de una calle en otra embelesado, mirando la riqueza de los mercaderes, de sus grandiosas tiendas, su proceder y trato tan honrado y noble. Mirábanme algunos considerando en mí la atención con que notaba todas aquellas cosas, y entre los que pusieron en mí los ojos fue un Gentil-hombre, bien aderezado al uso de ahora” (40).

Se trata de un recién casado con una mujer muy fea, pues en ella se reunían “las cinco efes, y no tenía el nombre de Francisca”, y ello le extrañaba mucho, pues no se explicaba cómo siendo “Toledo milagrosa, criando bellísimas mujeres, sacó aquel espantajo de la humana belleza”, por lo que “hallaba ser falso lo que dicen de las aguas del Tajo, atribuyendo a ellas el color y la tez de las Toledanas, pues también en sus orillas se habría criado aquella más que morena, o mulata”, leemos en la página 74.

Otro muy distinto es el caso del *Buscón Don Pablos* (41), del que sabemos que su madre estuvo “presa en la Inquisición de Toledo, porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora (...). Dicen que representará en un auto el día de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte” (42). Después de hacer su vida de malhechor en Madrid, decide salir

“de la corte y tomar mi camino para Toledo, donde ni yo conocía ni me conocía nadie. Compré un vestido pardo, cuello y espada (...) y busqué por los mesones en qué ir a Toledo” (43), y enrollado en una compañía de teatro, hizo el viaje. Y con esta compañía firma un contrato de trabajo por dos años, escribirá comedias “por hallarme con algún natural a la poesía, y más que tenía ya conocimiento con algunos poetas, y había leído a Garcilaso” y “determiné de dar en el arte” (44) con el nombre de *Alonsete el Cruel*. Y como poeta y autor le va muy bien. Hacía romances, villancicos y otras composiciones por encargo, y coplas para ciegos que recitaban, luego, como suyas; y un entremés, y una comedia sobre Nuestra Señora del Rosario, que se representó con aplauso, y otra sobre el *Justo Juez*, para la que habría de inspirarse en la leyenda toledana del mismo nombre.

“Estaba viento en popa con estas cosas, rico y próspero; y tal, que casi aspiraba ya a ser autor. Tenía mi casa bien aderezada, porque había dado, para tener tapicería barata, en un

arbitrio del diablo, y fue de comprar reposteros de tabernas y colgarlos. Costáronme veinte y cinco o treinta reales” (45).

Pero la compañía se deshizo por problemas del director con la justicia, y nuestro personaje se convirtió en “galán de monjas”, porque era amigo de una que le había solicitado muchos villancicos y le tenía lástima porque él le había dicho que, aunque farsante, “era hijo de un gran caballero”. Mas, después de tragarse muchos rezos, muchas horas en la iglesia en espera de obtener algún beneficio amoroso por parte de la monjita, “tomé mi camino para Sevilla, donde, como en tierra más ancha, quise probar ventura” (pág. 145).

Como si de dos pícaros más se tratara –que no lo son por muchas razones- llegan a Toledo en 1641, por el aire, el diablillo *Cojuelo* y Don Cleofás, el estudiante de Alcalá que le ha sacado de la redoma en que le tenía encerrado un maestro nigromante, de manos de su autor Vélez de Guevara (46). Veámoslo: Cuando la justicia pensaba cogerlos en Madrid, “estaban ya de esotra parte de Getafe, en demanda de Toledo, y dentro de un minuto, en las ventillas de Torrejón, y en un cerrar de ojos, a vista de la puerta de Visagra, dejando la real fábrica del hospital de afuera a la derecha mano” (47). Y hablando, llegan “al barrio que llaman de la Sangre de Cristo y al mesón de la Sevillana”, en donde ocurre una anécdota similar a la que provoca *Pablos* en la fonda en que se aloja en Toledo (48): Cuando están durmiendo, se oye en el mesón la voz de “¡fuego!”, “¡fuego!”, con lo que se alborotan todos los huéspedes y salen a medio vestir a averiguar qué sucede. Y resulta que es un poeta que ha enloquecido y da esos gritos mientras compone una de sus comedias.

Al día siguiente, de mañana, cuando llega el *diablo Cojuelo* de sus correrías por Constantinopla, emprenden el vuelo hacia Andalucía, con parada para comer en “la venta de Darazután, que es en Sierra Morena, veinte y dos o veinte y tres leguas de aquí” (49).

La *Vida y hechos de Estebanillo González* (1646) marca el final de la trayectoria poética del género picaresco, aunque la novela, a pesar de presentar alguna característica de la “picardía”, no se puede incluir entre las demás del grupo. A pesar de ello, comparte con sus congéneres algo muy importante: “Esteban no logra un avance social, como los demás, pero sí un relativo bienestar material, suficiente para quien nunca apeteció ni honra, ni heroísmo, ni buena reputación. Esta carencia de virtudes morales posibilita que se presente a recoger su premio sin conciencia de culpa, como oscuro recurso de la nobleza a la que halaga”. No obstante, lo que interesa señalar es que el protagonista asegura que vestido de peregrino vino “a la imperial Toledo, centro de la discreción y oficina de esplendores, adonde, después de haber sacado mis recados (“todo lo que se necesita y sirve para formar o ejecutar algunas cosas”, dice el *Dicc. Auts.*) y licencia para poder hacer el viaje, me volví por Illescas a visitar a aquella divina y milagrosa imagen”, naturalmente se refiere a la imagen de Nuestra Señora de la Caridad, “que es una de las que San Ildefonso tenía en su oratorio” (50). Desde aquí, y sin más, regresa a Madrid y se dirige al Escorial... En fin...

...La Iglesia Mayor, las Ventillas, las Vistillas, el famoso Mesón del Sevillano, el Alcaná, otra vez la Iglesia Mayor y el “entre coros”; Zocodover cien veces... Todos lugares transitados y referidos con reiteración en las novelas picarescas y afines. Pero quiero señalar, y con ello termino, que he dejado para el final a *La Lozana Andaluza*, novela que nada tiene que ver con el género, pero sí su protagonista con los pícaros. Y la traigo a colación porque casi treinta años antes que el ingenioso e inteligentísimo autor del *Lazarillo* citase Zocodover y cerca de cien para que los demás pícaros y afines se confundan con su variopinto y abigarrado paisaje, *Aldonda*, la locuaz *lozana andaluza*, ya había reparado en él, y distinguía entre el

gentío a “las putas mozárabes” que vivificaban la concurrida plaza, y con esta imagen final, les deseo feliz descanso.

Notas:

1. ALONSO, Dámaso: *De los siglos oscuros al de oro*
2. CERVANTES: “La ilustre fregona” en *Novelas Ejemplares*. Edición, estudio y notas de Jorge García López. Madrid. RAE, MMXIII, vol. 46, pág. 374.
3. *Las Ventillas* eran posadas con la función de servir de parada y fonda a toda clase de viajeros, y los caminos y rutas más transitadas estaban bien surtidos de ellas. En Toledo se ubicaban en los suburbios y en el camino de Mocejón. Ahora interesa resaltar mucho más las que se encontraban en el camino Real que va de Madrid a Toledo, y desde aquí a Sevilla y Córdoba. Había muchas, y durante mucho tiempo gozaron de merecida fama, aunque no siempre santa ni deseable, pues a ellas llegaban también malhechores, tahúres, perseguidos por la justicia y gentes que vivían a salto de mata y aguardaban la ocasión para engañar y robar a cuantos incautos viajeros se dejasen. Valga la opinión de Mateo Alemán sobre las ventas y los venteros, que por su oficio de contador y juez visitador y, también, como mercader, y como estudiante en Salamanca y en Alcalá de Henares hubo de transitarlas con frecuencia: “¡Qué de robos, qué de tiranías, cuántas desvergüenzas, qué maldades pasan en ventas y posadas! ¡Qué poco se teme a Dios ni a sus ministros y justicias”. Y Cervantes, en *El rufián dichoso*, refiriéndose al protagonista, el pillastre *Lugo*, que será, luego, el santo Fr. Cristóbal de la Cruz, cuenta una de sus sonadas hazañas en una de estas ventillas: “Y en Toledo en *las ventillas*/ con siete terciopeleros;/ él hecho zaque, ellos cueros,/ le vide (batiéndose) hacer maravillas”. Entre Madrid y Toledo había varias ventas, que se multiplicaban en los alrededores de Toledo, extramuros, y también dentro del recinto amurallado. Así son recordadas “La Blanca”, “La Esquina”, “El Hoyo” en el camino a Torrijos, la de “San Blas”, “Trigueros”, “El Arenal”, “Hernán Sánchez”, “La Teja”, “Carranza”, que hemos conocido y sus vestigios aún se ofrecen señeros; “La Olivilla”, que servía excelente chocolate hasta hace poco tiempo; “Lucero” y la “Venta del Alma”, ahí señora y testigo de todas las demás. Todas estas ventas eran conocidas y frecuentadas por la fauna picaresca.
4. HURTADO DE TOLEDO, Luis: *Memorial de algunas cosas notables que tiene la Imperial Ciudad de Toledo*. Toledo, pág. 543.
5. No se han de confundir con La Ventillas de la nota anterior. Con *Las vistillas* se hace referencia al concurrido espacio que se extendía entre la Puerta del Cambrón y el Puente de San Martín y sus alrededores, adonde acudían los toledanos y los pícaros y tahúres a dar el timo a los bobalicones y desprevenidos.
6. Que Zocodover era cita de abigarrado paisanaje –viajeros, pedigüños, pícaros y buscavidas- lo ejemplifican numerosas citas literarias. Valga ahora la de *Ginés de Pasamonte*, personaje del *Quijote* que va a galeras, quien se duele de que si hubiera tenido dinero para sobornar al juez que le juzgó estaría ahora pavoneando en la plaza de Zocodover. La cita de Sancho también.
7. *Lázaro de Tormes*. Edición de Francisco Rico. Madrid. RAE, MMXI, pág. 42.
8. De “gallofo” dice Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua* que es “El pobretón que, sin tener enfermedad, se anda holgazán y ocioso, acudiendo a las horas de comer a las porterías de los conventos, adonde ordinariamente se hace caridad y en especial a los peregrinos. Y porque la mayor parte son franceses, que pasan a Santiago de Galicia, y por otro nombre se llaman *gallos*, los dijeron “gallofos”, y “gallofa el pedazo de pan que les dan. También las llaman “galloferas”.
9. *Ob. Cit.*, págs. 52-53.

10. ALEMÁN, Mateo: *Gumán de Alfarache. Atalaya de la vida humana*. Edición Enrique Miralles García. Barcelona. Editorial Bruguera, 1982.
11. *Ob. Cit.*, págs. 271-272.
12. Así llamados los pasteles por su mala calidad. Quevedo aconseja a las mujeres que quieran presumir de cultas que llamen al pastel “pícaro de masa”, en “La culta latiniparla”, en pág. 789.
13. *Ob. Cit.*,pág. 276.
14. *Ob. Cit.*, pág. 278.
15. “Olor a esparto” se decía en alusión a la soga del ahorcado, y “suela de zapato” para referirse a la población judaizante. El zapatero –y otros oficios similares en la escala social- era objeto de burlas por ser oficio desempeñado, con frecuencia, por hijo de condenado. *Guzmán de Alfarache, Ob. Cit.*, pág.281.
16. LÓPEZ DE ÚBEDA, Francisco: *Los entretenimientos de la pícara Justina*. Medina del Campo. Cristóbal Laso Vega, 1605. Supone la llegada de esta novela “una innovación equiparable a la del *Lazarillo*, porque significaba la consecución del estatuto de protagonista para una mujer de baja extracción social, que cuenta su vida en primera persona. Celestina, Lozana y Justina son mujeres de mal vivir, que sustituyen con su vida irregular a la dama irreprochable por su linaje, virtud y actividades”. ARREDONDO, M. S.: “Pícaras. Mujeres de mal vivir en la narrativa del Siglo de Oro”, en *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 11, 1993, págs. 12-13. Y a ellas se suman *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*, de Alonso Castillo Solórzano, autor también de otras dos novelas protagonizadas por mujeres: *Las harpías de Madrid y coche de las estafas*, 1631, y *La guardaña de Sevilla y anzuelo de bolsas*, 1632.
17. SALAS DE BARBADILLO, Alonso Jerónimo: *La hija de Celestina*. Zaragoza. Viuda de Lucas Sánchez, 1612. Edición de Enrique Suárez de Figaredo. Barcelona, 2006.
18. *Ob. Cit.*, pág. 9.
19. CASTILLO SOLÓRZANO, Don Alonso DE: *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*. Madrid, 1632. Cito por la edición con introducción y notas de Don Emilio Cotarelo y Mori. Madrid. Librería de la viuda de Rico, 1906.
20. *Ob., cit.*, 1906, pág.269.
21. “En que cuenta cómo salió de Sevilla con su casa y llegó a Toledo, donde estando allí de asiento tuvo cierto empleo y de una burla que hizo a dos enamorados, con lo demás que sucedió” *Ob. Cit.*, capítulo XVIII.
22. *Ob. Cit.*, págs. 272-273.
23. No obstante, *El coloquio de los perros* es admitida entre las picarescas.
24. CERVANTES, Miguel DE: *Don Quijote de La Mancha*. Madrid. RAE. Edición I. Cervantes. Dirigida por Francisco Rico. MMXV, III-I, págs. 59-60. En el *Quijote*, I,3, Cervantes proporciona un pequeño mapa de la picaresca por boca del ventero, quien dijo que “en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos y,

- finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España”, págs.. 66-67.
25. “El rufián dichoso”, en *Obras Completas de Miguel de Cervantes*. Estudio preliminar, Prólogos y Notas por Ángel Valbuena Prat. Madrid. Aguilar, 1964.
 26. “Rinconete y Cortadillo”, en *Novelas ejemplares*. Madrid. RAE. Madrid. Edición de Jorge García López, MMXIII, pág. 161.
 27. Ante esta afirmación de *Cortadillo* cabe preguntarse por qué decidió acudir a Toledo a “ejercitar” su oficio, y la respuesta es bien clara: Toledo, aunque hacía más de sesenta años que ya no era la capital del reino, aún dejaba sentir el peso de su historia y continuaba siendo ciudad de reclamo. Además, y sobre todo, porque estaba en el camino obligado desde Madrid y en norte de España y Andalucía. Por tanto, era muy transitado, y porque
 28. “Rinconete y Cortadillo”, *Ob. Cit.*, págs.167-168.
 29. *Aldabilla* es el poste que estaba dentro del recinto carcelario y a él ataban a los que iban a azotar; ahí amarrados recibían el castigo los jóvenes delincuentes para evitarles la vergüenza pública.
 30. “Aquí”, lugar en que se encuentran los dos mozalbetes, es la Venta del Molinillo, localizada en el camino de Toledo-Andalucía, a cuatro leguas, a un poco más de 22 kilómetros, de Alomodóvar del Campo, a mitad de camino entre Toledo y Córdoba.
 31. “Rinconete y Cortadillo”, en *Ob. Cit.*, pág. 166
 32. “La ilustre fregona”, en *Ob. Cit.*, págs. 373-374.
 33. “La ilustre fregona!”, *Ob. Cit.*, pág. 386.
 34. “La ilustre fregona”, *Ob. Cit.*, pág. 399.
 35. SALAS DE BARBADILLO, Alonso Jerónimo DE: *La hija de Celestina*. Edic. de Enrique García Santo-Tomás. Madrid. Cátedra. Letras Hispánicas, 2008, pág. 11.
 36. ESPINEL, Vicente: *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*. Madrid. Juan de la Cueva, 1618. Más que novela picaresca, parece “un libro de memorias enmarcado en un patrón pretendidamente picaresco del que conserva el relato autobiográfico, el servicio a varios amos o la alternancia entre anécdota y digresión, pero en el que ni siquiera el personaje responde a la definición de pícaro”.
 37. CORTÉS DE TOLOSA, Juan: *El Lazarillo de Manzanares*. Introducción y notas de María Inés Chamorro Fernández. Madrid. Taurus, 1970, cap. VIII, pág. 68.
 38. En el *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, de Covarrubias, se lee que: “Niño de la piedra, vale por expósito, en el reino de Toledo, de una piedra que está en la Iglesia Mayor, donde vienen a echarlos”. Se ha de suponer que en otras iglesias habría un lugar semejante, en este caso en Madrid.
 39. ALCALÁ, YÁÑEZ Y RIVERA, Jerónimo DE: *El donado hablador. Vida y aventuras de Alonso, mozo de muchos amos*. Madrid, 1624. Cito por la edición de 1804.
 40. *El donado...*, págs. 68-69.
 41. QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco DE: *Historia de la vida del Buscón, llamado Don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*. Zaragoza. Pedro Vergés. 1626.
 42. “El Buscón”, en *Quevedo. Obras Completas*. Edición de Luis Astrana Marín. Madrid. Aguilar, 1941, pág. 100.

43. “El Buscón”, *Ob. Cit.*, pág. 140
44. “El Buscón”, *Ob. Cit.*, pág. 142.
45. “El Buscón”, *Ob. Cit.*, pág. 142.
46. VÉLEZ DE GUEVARA, Luis: *El diablo Cojuelo*. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín. Madrid. Espasa-Calpe. Col. Clásicos Castellanos, 1941.
47. *Cit.*, Tranco IV, pág. 72.
48. En la *Historia de la vida del buscón llamado Don Pablos*, leemos: “sucedíome un día la mejor cosa del mundo, que, aunque es en mi afrenta, la he de contar. Yo me recogía en mi posada, el día que escribía comedias, al desván, y allí me estaba y allí comía. Subía una moza con la vianda, y dejábamela allí. Yo tenía por costumbre escribir representado recio, como si lo hiciera en tablado. Ordena el diablo que, a la hora y punto que la moza iba subiendo por la escalera, que era angosta y oscura, con los platos y ollas, yo estaba en un paso de una montería, y daba grandes gritos componiendo mi comedia, y decía:

Guarda el oso, guarda el oso, que me deja hecho pedazos, y baja tras ti furioso.

¿Qué entendió la moza, que era gallega, como oyó decir “baja tras ti, y me deja”? Que era verdad y que la avisaba. Va a huir, y con la turbación písase la saya y rueda toda la escalera, derrama la olla y quiebra todos los platos, y sale dando gritos a la calle, diciendo que mataba un oso a un hombre. Por presto que yo acudí, ya estaba toda la vecindad conmigo, preguntando por el oso; y aun contándoles yo cómo había sido ignorancia de la moza (porque era lo que referido de la comedia), no lo querían creer”, en *Ob. Cit.*, cap. IX, págs. 142-143.

49. *El diablo Cojuelo*. *Ob. Cit.*, Tranco V, pág. 92.
50. *Vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesto por él mesmo*. Amberes, Viuda de Juan Cnobbart, 1646. Comentado por Antonio Carreira y Jesús Antonio Cid. Prólogo de Juan Goytisolo. Madrid. Ediciones Narcea, 1971, pág.165.

45, 1632. Cito por la edición con introducción y notas de Don Emilio Cotarelo y Mori.
Madrid. Librería de la viuda de Rico, 1906.

51. 67. *Ob., cit.*, 1906, pág.269.

52. .

4. Otros autores adjudican esta obra más recientemente a Baltasar de Navarrete.

18. *Obras completas de Don Francisco de Quevedo Villegas*. Ed. Luis Astrana Marín.
Madrid. Aguilar, 1941, cap. VII, libro III, pág.100.

19. *Ob. Cit.*, cap. VIII, libro III, pág. 140.

20. *Ob. Cit.*, pág. 142.

asiento tuvo cierto empleo y de una burla que hizo a dos enamorados, con lo demás que
sucedió”, *Ob. Cit.*, cap. XVIII.

69.

88.89. *Ob.*

90.

91.

44.

66. CASTILLO SOLÓRZANO, Alonso DE: La niña de los embustes, Teresa de
Manzanares.

80

Toledo, donde se hace pasar por una viuda rica, reproduciendo una situación que podemos considerar, por la cantidad de elementos comunes y reminiscencias, el homenaje de Castillo Solórzano a La niña de los embustes de Salas Barbadillo. En Toledo, Teresa alquila una casa con dos puertas (“mala de guardar” como dice el refrán) y a una de sus esclavas, llamada Emerenciana, la convierte en “hermana” suya, por ser nuestra protagonista todavía bastante joven para ser “tía”. Ambas mujeres encuentran rápidamente galanes nobles que las cortejen y regalen: don Esteban, un caballero “lindo” o Narciso para Teresa y don Leonardo para Emerenciana. Este último, tras manifestar claramente sus deseos con regalos bastante caros, es citado para acudir a la casa una noche. Días antes, se hace creer a todos que el escudero de la familia, el viejo Briones, ha muerto; de forma que la noche de la cita don Leonardo se encuentra con el “fantasma” del escudero, que lo espanta y le impide pasar la noche con Emerenciana. Al poco tiempo, don Esteban es el que requiere a Teresa, y ella le invita a venir a su casa por la noche. La burla del fantasma de Briones se repite, aunque el caballero, armado, es más difícil de ahuyentar, por lo que lo hacen caer por una trampilla hacia el sótano, de donde lo sacan a la calle inconsciente. Los paralelismos entre este episodio de la Teresa de Castillo y la Teresa de Salas saltan a la luz. En primer lugar, la casa, escenario ideal para sus burlas, cuya peligrosidad ya es proverbial. Los nombres de los personajes femeninos están trocados: si en Salas Teresa era el señuelo y Emerenciana la maestra, en Castillo se invierten los roles. Luego, la burla del fantasma, que en Salas es un velorio, jugando ambos textos con la presencia del fallecido que llama a una reflexión, aunque trillada, de parte del galán acerca de su licenciosa conducta, dentro del tópico del desengaño, como se lo propone el “fantasma” de Briones al segundo galán:

“Señor don Esteban, venid, venid conmigo y veréis el desengaño de las cosas deste mundo”⁵⁴. Ciertamente en las novelas de Castillo “Emerenciana” es un nombre bastante típico de criadas (se repite en *Las aventuras del bachiller Trapaza* y en el Lisardo enamorado) y el recurso del fantasma volverá a emplearse en el Trapaza (para burlar al “caballero abufonado” don Tomé), pero en este contexto particular, a sabiendas de los _____ ⁵³ Rey Hazas (1986), p. 348. ⁵⁴ Rey Hazas (1986), p. 400. Fernando Rodríguez Mansilla *La niña de los embustes...* DICENDA. Cuadernos de Filología Hispánica 2009, vol. 27 109-130 126 antecedentes literarios del personaje y figurando al lado de tantos elementos compartidos con el texto de Salas, no cabe la mera coincidencia. Tras este par de sonoras victorias, la fortuna abandona a Teresa. Al poco tiempo, los caballeros burlados descubren, por un descuido de Briones, que este no está muerto. Advertida oportunamente, nuestra protagonista escapa con las criadas y el fiel escudero hacia Madrid. Allí, su discípula Emerenciana es seducida por un viejo que finge ser un indiano rico (en realidad es un agente de los caballeros toledanos) y escapa con él, no sin antes robarle a Teresa sus joyas y vestidos, donde se concentraba buena parte de su riqueza. Don Esteban y don Leonardo se aparecen en su casa de Madrid, le cuentan a Teresa que el indiano es un viejo pícaro y se dan por bien servidos habiéndole devuelto la burla a su burladora. Vencida, Teresa se va a Alcalá en busca de su antigua amiga Teodora, la hija de las viudas a quienes sirvió en la infancia, y por mediación de ella acaba casándose con un mercader que se ve inclinado hacia nuestra heroína buscando el dinero que trae ella consigo “para aumento de su caudal”⁵⁵ como buen mercader, según los prejuicios de la época, codicioso y miserable. Como se ve, se repiten, aunque reubicados, los dos hechos finales de la Teresa